

Actis, Munú; Aldini, Cristina; Gardella, Liliana; Lewin, Miriam; Tokar, Elisa. (2001). *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 280 páginas



Marisa González De Oleaga

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)
e Instituto Universitario José Ortega y Gasset (IUOG)

Este libro es un ejemplo acabado de la vitalidad del género testimonial en la Argentina de la última década. Cinco mujeres, supervivientes de uno de los campos de concentración más siniestros de la última dictadura militar, se reúnen para dialogar sobre la experiencia de su paso por la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Entre mate y mate van desgranando y cosiendo recuerdos, intentando comunicar una experiencia que por momentos se torna indecible, como si las palabras no pudieran describir la intensidad del recuerdo. Siguiendo un recorrido cronológico -desde los días previos al secuestro hasta la liberación- la palabra circula en esta conversación a cinco voces -con la eventual incorporación de alguna más- con la pretensión de dar a conocer una historia que "más allá de pequeños episodios de heroísmo o de santidad, (...) la hicieron contradictorios seres humanos" (pp.14). Y ese creo que es el gran mérito de este trabajo y su mayor riesgo, un riesgo, por otra parte, inevitable.

El testimonio, en su doble condición de palabra del testigo y/o del protagonista de un acontecimiento, dibuja -en su despliegue- cierta ambigüedad. Por una parte es la palabra de una persona, de un individuo que relata su experiencia o da fe de la experiencia de otro y, por ello, no deja de ser una mirada parcial, subjetiva como dirían empiristas y positivistas. Pero es precisamente en esa parcialidad, en esa subjetividad, en esa irreductibilidad o intraducibilidad en donde reside su fuerza y su potencialidad. Podemos escuchar o leer cientos de testimonios de supervivientes de catástrofes o genocidios, podemos incluso ver películas o fotografías con escenas muy parecidas pero en cada pase, en cada lectura, la sensación que produce la palabra del testigo es de novedad; algo se reactiva y cada historia deja ver su diferencia, su inconmensurabilidad. "Yo estuve allí" o "yo lo ví" podría ser la marca del testigo, la señal del testimonio, su condición de posibilidad, pero también su mayor peligro: el de congelar la palabra, el de hacer pasar mi testimonio por todo testimonio posible, mi experiencia por toda interpretación de esa experiencia.

Generalmente se testimonia sobre lo increíble, sobre aquello que no se puede probar o constatar pero, precisamente por eso, el acto de dar fe corre el riesgo de anquilosarse, de convertirse en una verdad única y revelada. *Ese infierno* sortea con éxito ese escollo y lo convierte, gracias al diálogo, a la circulación de distintas miradas, más aún a un proceso de generación de nuevas miradas, en su gran capital, en una magnífica aportación. La sensación que tuve al final del libro, y me consta que es una experiencia compartida por otros lectores, es la de haber sido testigo de un diálogo distinto, productivo en el que las participantes no sólo ponen en común aquello que traen en su memoria, que portan consigo, sino que en el propio diálogo (que etimológicamente significa *a través* del conocimiento) han sido estas mujeres capaces de generar nuevas significaciones, nuevos horizontes, otras posibilidades con las que lidiar y resignificar su experiencia. Tal vez pueda dar una imagen que ayude a entender lo que quiero decir. En este trabajo tan importante es lo que se dice como la forma de hacerlo porque es el diálogo -entendido como fricción, como generador de imágenes y significaciones y no como intercambio de ideas- el que permite producir nuevos sentidos. Como en el caso de las piedras de pedernal, el fuego y las manos que las hacen friccionar. El fuego es una posibilidad pero no está contenido como tal ni en la mano ni en la piedra, hace falta ese movimiento, el concurso de aquella y de estas para poder producirlo.

Dialogar significa también esto. No se trata de un préstamo de ideas, ni siquiera de un ejercicio en el que uno constata las diferencias o similitudes que mantiene con los otros. Dialogar puede ser también una experiencia transformadora en la que uno se abre a la palabra ajena, deja que su diferencia inunde los recuerdos propios, los recomponga, desdibuje algunos contornos y resalte otros. Esa es la experiencia de la diferencia, el ser atravesado por la alteridad, que es a un tiempo un riesgo y una posibilidad.

La multivocalidad que produce la conversación de estas cinco mujeres intentando incorporar su experiencia individual a relatos colectivos es, a mi juicio, la gran aportación de este trabajo que se parece y, sin embargo, es tan diferente a otros testimonios de supervivientes que han aparecido en los últimos años. Tal vez el aspecto que me parece más cuestionable o sobre el que creo se podría discutir productivamente es el que tiene que ver con las comparaciones, con la pretensión de dar sentido a la experiencia de los detenidos-desaparecidos en la Argentina militar asociando su calvario con el sufrido por los judíos en la Alemania nazi. No es un recurso nuevo y es, desde luego, una táctica muy efectiva. Se podría pensar que la comparación es oportuna toda vez que la propia existencia de campos de detención ilegal y no pocos procedimientos utilizados por los militares argentinos recuerdan a los empleados por el Tercer Reich.

No obstante, esta asociación puede ser, a la larga, contraproducente. Todos sabemos la carga emocional que va ligada al holocausto. Las imágenes de los aliados liberando los campos, los diarios de los supervivientes, las películas ya clásicas o recientes sobre este genocidio han formado parte de nuestra educación sentimental. Al invocarlo no sólo aparece en nuestra mente el sufrimiento de los prisioneros de los campos de concentración o las imágenes de los que murieron en los campos de exterminio. El holocausto está relacionado también -o al menos esa ha sido una de sus lecturas- con lo indecible, con lo inenarrable, con lo sagrado. Esa dimensión religiosa, trascendental está muy pegada a las interpretaciones que se han hecho del acontecimiento. Hay algo inexplicable en ese odio atroz contra todo un pueblo por el mero hecho de su pertenencia o el desprecio hacia todo aquel que fuera diferente. Me parece que asociar lo ocurrido en la Argentina durante la última dictadura con lo que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial es un atajo, una forma seguramente económica de no tener que analizar o abrir la especificidad del caso argentino. Y esto puede ser comprensible en el caso de las víctimas que así pueden ampararse en el dolor compartido, pero no se si es útil para la sociedad en su conjunto. Tiendo a pensar que esta vinculación entre el caso argentino y el alemán des-responsabiliza a la sociedad argentina que quiere olvidar, que quiere pensar que lo ocurrido fue producto de la locura de ciertos sectores sociales, y que no quiere saldar cuentas con el pasado porque en todo balance uno ha de asumir su cuota de responsabilidad.

Tal vez el discurso testimonial, necesario, debería ir acompañado de otros discursos que partiendo del dolor y de la verdad del testimonio de las víctimas remonte esa fractura, la haga productiva para el bien de todos. Otros discursos, otras palabras, que intenten dar cuenta -entender que no justificar- lo que pasó, incorporar el dolor en relatos que le den sentido y que permitan a las nuevas generaciones incorporar aquellos hechos dramáticos a su propia historia.